

PARIS POR DENTRO.

ECOS.

Una emoción indescriptible reina desde hace tres días en París con motivo del asesinato cometido la noche del domingo en Joinville-le-Pont por un sargento de la gendarmería.

La justicia ha permanecido inerte durante 48 horas; el cadáver de la víctima insepulto por falta de autopsia médico-legal, y el lugar en que ocurrió el drama ó fué cometido el crimen completamente abandonado por la policía, hasta el punto de haber permitido á los chiquillos de Joinville-le-Pont el ir á jugar en él, el parodiar la escena de que aquel sitio fué teatro, y el mojar sus inocentes dedos en la tierra tinta en la sangre, aún tibia, de la víctima.

No se comprende, en efecto, que un hombre que ha dado muerte á otro, aunque aquel hombre sea agente de la fuerza pública, y por serlo precisamente, haya sido dejado en libertad absoluta. Ante tal incuria y tal negligencia se explican y comprenden el general descontento y la pública indignación.

Los aficionados á tirar de la oreja á Jorge—perdonenme Vds. la expresión—andan también muy preocupados á causa de la reciente circular del prefecto de policía, relativa á la nueva organización de los Casinos franceses.

Mr. Gragnon ha mandado suprimir las fichas de los círculos de recreo y ha prohibido la existencia en ellos del legendario cajero ó prestamista. Suprimiendo el préstamo cree el prefecto, bien intencionado, pero poco filósofo, poder suprimir las deudas; pero me temo que se equivoca, porque querer impedir á un jugador tronado que busque un prestamista es como querer impedir á un hambriento que busque pan.

Una vez suprimido el cajero—personaje oficial—renacerán de sus cenizas esos banqueros de ocasión que prestan 5 para cobrar 20, y volverá á empezar el agio de los mozos y porteros como en los buenos tiempos de esos mataderos de la fortuna pública que se llaman Spá, Baden y Múnaco.

El juego es, por desgracia, un vicio muy arraigado en el corazón del hombre, y el deber de la autoridad es reglamentarlo, ya que no le es posible suprimirle de raíz. El deber del prefecto se reduce á vigilar el juego, para que éste sea lo más legal posible, á perseguir sin descanso y castigar con severidad á los tramosos y tahures de profesión; pero su acción no puede ir más lejos, ni es posible tratar á los hombres como á los colegiales.

Mr. Gragnon, con laudable intención, con evidente buen deseo, se equivoca, exagera su deber y va más allá de lo que le permite su derecho.

El diario oficial publica esta mañana la lista de los suscritores al capital de garantía necesario para llevar á cabo la Exposición de 1889. La suscripción ha quedado cubierta; pero no será cerrada aun cuando los 18 millones se cubran con exceso, pues dejando esta suscripción ilimitada, cuanto mayor suma produzca menores serán los riesgos de los suscritores.

Entre éstos figuran en primera línea el Banco de Francia con 500.000 francos, Mrs. Lockroy, Chistophle y el Banco de Constantinopla con 50.000 francos cada uno, y otras muchas personas.

Pío SILBÉN.

París 9 de Septiembre de 1886.

LA CIENCIA DE LA VIDA.

La dicha apetecer, y en tal anhelo del mundo entrar en la febril contienda; que el alma sin doblez sus alas tienda del falso amor por el fingido cielo.

Muerto este dulce afán, alzar el vuelo y hollar de la ambición la rica senda, y rota en trozos la engañosa venda, sentir mortal del desencanto el hielo.

Tal es del hombre el mísero destino cuando no busca en sí felice calma, que del mundo en el áspero camino

verá en girones destrozada el alma: dichoso en cambio si del bien al centro no persigue hacia fuera, sino adentro.

ADOLFO DE LA FUENTE.

ENTRE BASTIDORES.

UNA INTRUSA.

La ha traído al teatro el mal gusto de la época: ella no debía salir del escenario del café cantante, donde tantos laureles recogió en los primeros días de su vida artística.

Ya la conocen Vds.: se llama Pepilla Ortiz, y se contrata todas las temporadas, con nueve duros diarios, como tiple de zarzuela. Por supuesto que no hay tales zarzuelas ni semejante tiple; pero como canta flamenco la chica! Los autores, ya se sabe, si quieren que defienda una obra, la escriben malagueñas ó seguidillas gitanas, y éxito seguro.

Cuando por la noche se presenta en escena con el vestido de cola, y el pañolón de Manila terciado y las flores en la cabeza, el público se queda estupefacto de asombro, y no faltan espectadores que, sin poderlo remediar, dicen:—¡Olé! ¡viva tu mare!

Anda la Pepilla sobre las tablas del escenario lo mismo que los gorriones por las eras, y cada mirada que dirige al salón produce un incendio. Tan bien la sienta el traje, que parece que ha nacido con él. Tiene muy poca voz—un hilito, como ella dice;—pero ¡qué estilo!

Durante los intermedios no se oyen en su cuarto otros ruidos que el rasguear de guitarras y los choques de cristales. Y cuando, concluida la función, sale por la puerta de los bastidores vestida de señorita, bien que conservando en sus maneras cierto aire chulesco, sus admiradores, que son muchos, la abren calle, y la arrojan al pasar más flores que las que produce en un año la huerta de Valencia.

Si alguien tuviera el capricho de apuntar los nombres de todos los que, con miras más ó menos honradas, pretenden alcanzar el amor de Pepilla, se vería precisado á escribir día y noche sin darse punto de reposo.

Bien puede asegurarse que no hay entre todas las actrices una sola que la iguale en belleza, en gracia y en desenfado. Su público, es decir, el público que ordinariamente la aplaude y la jalea, no dice jamás, cuando se dispone á ir al teatro:—Voy á ver esta ó la otra comedia, sino voy á oír cantar á la Pepilla Ortiz.—Hasta sus mismas compañeras, que la estiman poco, no pueden menos de confesar que es una mujer que tiene mucho partido. Ellas añaden que no se sabe porqué; pero ¡vaya si se sabe!

Sin embargo, si el más entusiasta ó el más enamorado de sus admiradores viera á la Pepilla en el saloncillo ensayando uno de esos números que tanto se aplauden luego... ¡qué desilusión más grande sufriría! Apenas podría creer que aquella que está allí sentada al lado del piano es la misma que le encanta y seduce por la noche.

En efecto, ojerosa y pálida, porque le falta el colorete; con el cabello sin peinar y en desorden, y los botitos sucios, y los corchetes del vestido sin prender por completo; la mirada distraída y la atención muy distante de la labor de aguja que va haciendo mecánicamente, más que la tiple graciosa y provocativa, parece la estatua del aburrimiento ó del cansancio. Allí se muestra tal cual es: sin color la cara; sin luz los ojos; sin sonrisas los labios, y sin dinero el bolsillo.

Está ensayando una canción andaluza completamente nueva, que el autor y ella opinan que hará furor. El maestro, sentado al piano, la acompaña y enseña: ella canta sin gusto, y se impacienta y da pataditas en el suelo cada vez que se equivoca, lo que sucede con una frecuencia desesperante.

—¡Vamos, otra vez, y no hay que apurarse, Pepilla! le dice por fin el músico.

—Pero, hijito, le contesta ella, porque ella llama hijitos á todos los que estima, ¿no ve usted qué torpe estoy esta tarde?

Se repite la canción, que es alegre como unas castañuelas; sin embargo Pepilla la canta sin placer ni expresión, y yo no he oído jamás cosa que resulte más triste. Sólo pueden dar una idea de ello el gracioso, que dice chistes y hace reír por la noche no habiendo probado bocado, á pesar de tener hambre, durante el día, y el bolero, que baila mientras en su casa está agonizando su hijo ó su madre.

Créanme Vdes.: la mayor parte de las veces son muy dignos de compasión estos sacerdotes de la alegría ó del placer.

—Pero, preguntarán los lectores, ¿por qué Pepilla ensaya con ese despego las canciones que después le proporcionan tanta fama y tanto laureles?

Pues por muchas razones, y, cuando menos, cada día por una.

El lunes por lo antipática y repulsiva que le es á todo el mundo la obligación. Este motivo de disgusto le tiene también, además de los otros que irán saliendo, los demás días.

El martes porque pidió, á cuenta de su nómina, cinco duros á la empresa, y ésta no se los quiso dar, pretextando que ya le había adelantado bastantes.

El miércoles porque la modista, en vez de

enviarle el vestido que ella esperaba, ha mandado una cuenta que mete miedo.

El jueves porque su *pariente*—ella le llama marido, pero no se sabe de ninguno que los haya visto casar—no ha dado señales de vida, ni ha parecido por casa desde las doce del día anterior. Hay que advertir, y esta es ocasión oportuna, que la Pepilla, que tiene tantos adoradores en que escoger, siempre se decide por el peor, que suele ser un chulo que se dedica á vivir á su costa, y que le da muchos disgustos, y aun algunos cachetes si á mano viene, como él dice.

El viernes porque ha pasado la noche anterior de *juerga* y tiene una pesadez de cabeza y un mal sabor de boca que no puede resistir.

El sábado porque en la función de la víspera no le hicieron repetir más que dos veces las peteneras, cuando de ordinario le obligan á cantar ocho ó diez coplas.

Y el domingo porque le da coraje que un día que destina todo el mundo á descansar y divertirse le tenga ella que pasar trabajando, y porque ¡Dios sabe, mientras ella canta, dónde estará *aquel!*

Para la Pepilla el autor del libro no es más que uno que escribe coplas, y al cual no hay que guardar ninguna consideración ni miramiento. Rara vez le llama hijito. En cambio, el músico es para ella un genio asombroso, á quien, ni aun llamándole hijito de mi corazón, se le premia bastante. Por supuesto, desprecia también profundamente á todas las actrices que no cantan. Considera á Silverio como el rey de los artistas; á Gayarre como una medianía y á Vico como una nulidad. A su juicio, lo primero es cantar, y lo mejor cantar flamenco. Verdad es que en la actualidad, y á juzgar por lo que se ve, el público madrileño participa de su opinión.

Cuando entre la muchedumbre que la aplaude hay algunos toreros, Pepilla canta como nunca y se excede á sí misma, como dicen aún bastantes revisteros apegados á las fórmulas tradicionales. Más agradece ella y la halagan más unas cuantas palmadas de los banderilleros de Lagartijo que los aplausos de la Academia española en pleno.

¡Y á esto, á Pepilla quiero decir, se le llama por ahí, en los carteles y periódicos, artista distinguida y hasta eminente!

¡Ateme usted ese arte por el rabo!

Esperemos en Dios que no ha de faltar á fines de este siglo, como no faltó á fines del pasado, un Moratín [que, á disciplinazo limpio, arroje á los mercaderes del templo y á los intrusos de los bastidores. Cuando este redentor llegue, si llega, la Pepilla volverá á cantar en un café, ó acaso, acaso, en la esquina de una plazuela.

S. DE TRASMIERA.

EL PODER DE LA VIRTUD.

Quitar la envidia intentó
A hermosa niña la calma,
Y aunque mucho se afaná
Solamente consiguió
Darle de mártir la palma.

—Siguiendo en su mal querer,
Viles columnias levanta
Para ajar á la mujer,
Mas sólo tuvo poder
Para trasformarla en santa.

Hoy la mujer buena y pura
En una tumba reposa
Que aun la envidia en su locura
Con hiedra ocular procura
¡Y la hace así más hermosa!

Y un verjel rico en primores
Produce su aliento inmundo,
Que el sol con sus resplandores
Hace con la broza flores
Para belleza del mundo.

NEÁPOLIS.

EL AIRE DEL MAR.

El célebre periódico profesional de Londres *The Lancet* ha dedicado un interesante estudio á este agente terapéutico, que está cada vez más en boga, y lo primero que hace notar es que pocos buques zarpan, durante el verano, de los puertos ingleses, sin conducir un número mayor ó menor de pasajeros que se embarcan únicamente con el objeto de respirar ese aire por espacio de algunas semanas, siendo frecuente hallar quince ó veinte convalecientes á bordo de esos hermosos *clippers* americanos de vela que sostienen aún la competencia de los vapores.

Los hombres de Estado y de letras sajonos aprecian ya en su justo valor higiénico y terapéutico una buena temporada de *yachting*.

Parece incontestable que esta nueva moda se apoya en sólidos fundamentos, y que los resultados la justifican plenamente. El aire del mar es el tónico y el restaurador por excelencia, y en parte alguna es dado asimilarse todos sus beneficios; también como á bordo de un buque dedicado á la navegación de altura. Lo que allí le hace inmejorable es su pureza absoluta, su inmunidad completa de todos los agentes de contagio, tan activos en tierra.

Es indudable que en la cima de las altas montañas y en medio de los grandes desiertos se encuentra aire puro, pero no tanto como en pleno Océano. Consiste en que en medio del mar deja de ser sensible la acción de todas las causas de infección atmosférica, la putrefacción, la combustión, etc., etc. Entre la líquida llanura y el cielo corren los vientos libremente, barriendo todos los gérmenes de corrupción. No se dará nunca bastante importancia á tal inmunidad, de aceptarse las deducciones de la ciencia moderna. Al presente se halla en los gérmenes morbosos la causa ó la explicación de una multitud de terribles enfermedades. Ahora se ve en la impureza atmosférica los medios más favorables para su desarrollo, porque es incontestable que en el aire idealmente puro serían materialmente imposibles las enfermedades que se derivan de un germen ó de un fermento. Puede decirse que el programa de la higiene contemporánea es eliminar de aire las causas favorables á la actividad de los gérmenes, más bien que destruir éstos por completo, lo cual sería quimérico.

El aire de alta mar se asemeja, en cuanto es posible, al aire ideal, pero por desgracia si sobre cubierta se respira en los buques un aire puro, no sucede lo mismo en las camaratas y camarotes, porque alagándose que es fácil conseguirlo saliendo á la toldilla, nadie se preocupa de la buena ventilación interior. El espacio asignado á cada pasajero es, por lo general, insuficiente, sobre todo si se trata de enfermos ó convalecientes. En algunos buques los malos olores que se desprenden de los focos de infección más ó menos ocultos son nocivos y desagradables. Los vapores, desde este punto de vista, ofrecen mayores inconvenientes que los barcos de vela. Es claro que los pasajeros de buena posición, cuyo objeto es sólo llegar lo antes posible al término de su viaje, pueden sufrir fácilmente la mala ventilación del salón, la atmósfera viciada de un camarote en el que se acumulan cuatro literas dentro de un espacio que nadie en tierra consideraría suficiente para una sola persona; pero el enfermo, ó el que busca en el aire del mar aumento de fuerzas, no es fácil que soporte estas malas condiciones, pues se expone á perder las ventajas que esperaban conseguir de un viaje por el Océano.

Toda exigencia, pues, respecto á la elección de buques á propósito para convalecientes es recomendable. La excelencia del aire marino es su pureza, y si se anula, es inútil ir á buscarle en alta mar.

Análogas observaciones pudieran hacerse en lo concerniente á la alimentación á bordo. Cualesquiera que sean la latitud y la temperatura, suele servirse á los pasajeros el mismo número de comidas y la misma clase de alimentos, lo cual constituye un error trascendental, porque la naturaleza, el condimento y la regularidad en las comidas deben ser apropiados al clima, al gasto de fuerzas que experimentan los pasajeros y á todas las demás complejas condiciones del problema. En suma, puede decirse que el arte de procurar la salud en alta mar está aún en la infancia.

ARTICULOS DE LUJO.

¡Dios de Israel, qué bueno es el mundo!
«Bueno es el mundo, bueno, bueno, bueno, como de Dios, al fin, obra maestra», ha dicho Miguel de los Santos Alvarez y repetido el poeta de la desesperación, conviniendo, sin embargo, este último en que «es fuerza mirarla, así, de lleno,» para apreciar esa triple bondad de la obra divina.

Tres veces bueno era el mundo, hasta que le poblaron los hombres, entes racionales que tienen menos del adjetivo que del sustantivo; buena más de tres veces es la vida en sí misma, como obra de Dios; pero ¡qué cúmulo de detalles, que son otros tantos inconvenientes, no ha ido el hombre mejorando en la vida con mano tan irracional como prodiga!

El hombre en estado primitivo, sin más ley que su capricho, ó el capricho del vecino que nunca pasaba de comerse crudo á su semejante, el hombre sin sociedad, entregado á su propio instinto, sería, á lo que yo imagino, el animal más feliz de la tierra, sin diferenciarse, por lo demás, de los otros animales dominados tan sólo por la majestuosa presencia del primero que se mostraría en todo su vigoroso esplendor, sacudiendo con airosos y libres movimientos la cabeza cuyas enmarañadas melenas nadarían que envidiar á las del león de quien se ha dejado arrebatado cobardemente el cetro de la creación. ¿Y para qué se ha cortado el hombre las melenas? Pues para encasquetarse un tubo que le obliga á hacer constantes equilibrios y le da un aspecto tan falto de seriedad que hasta el viento se río y anda, siempre que puede, á puntapiés con el ridículo chirimbolo con que media humanidad aspira vanamente á prolongarse más allá de los límites naturales.

Después, ó antes, ó simultáneamente, hemos inventado los guantes, que sirven para no poder servirse de las manos; las botas chicas que hacían el oficio de *degrilletes*, en lo cual había á veces algo de justicia, y las botas grandes que, disminuyendo la pierna aparentemente y aumentando el tamaño del pie que menos lo necesite, nos obligan á alargar los pasos de un modo ridículo, para que no se diga que la humanidad anda despacio. Pues no contentos con eso, hemos descubierto los cuellos á la inglesa, como si los ingleses tuvieran por la horea más predilección que otro alguno, y así sucede que salimos á la calle con el pescuezo estirado, echados los brazos atrás por las aperturas de la chaqueta, y como dispuestos á saludar con un *¡quá-quí-quí!* al primer vecino con quien topemos.

Y si el vecino no es un hombre culto, por ventura suya, no podrá eximirse de exclamar, ó de pensar por lo menos, al ver nuestro estrambótico atavío:

—¡Y esa es la imagen de Dios!

¡No y mil doscientas cuarenta y siete veces no!

Si lo dicho no fuera bastante, que debe serlo, á convenceros de mi aserto, no más atrevido que leal y franco, yo os daré más pruebas, os probaré de mil modos que el hombre ha conseguido hacer de su simpática persona el más informal y antipático de los escarabajos.

Oíd, incrédulos: el hombre ha inventado las visitas y las conversaciones á la medida.

Las primeras son molestas tan en alto grado, que la sociedad ha convenido en que todos los medios son buenos para evitarlas, hasta la mentira. Todos las habéis dicho y hecho decir á este propósito, con especialidad vosotras, la única hermosa y única tolerable mitad de los dos géneros humanos. Y tan inocentes las juzgáis, aun las que por estar más lejos del dinero, vivís en cuarto piso, abstracción hecha del entresuelo, tan inocentes las juzgáis, que nunca la conciencia os arguye cuando advertís á la indomesticable doméstica:

—Hoy no estoy en casa para nadie, ya lo sabéis.

Lo cual, en buen romance, es lo mismo que si dijerais:

—Hoy no estoy dispuesta á soportar con la sonrisa en los labios las impertinencias de mis buenas amigas.

Y si éstas llegan á la puerta, que siempre la amistad llama á ella cuando menos falta hace y cuando puede ser más importuna, la doncella, fiel á la consigna, responde á una pregunta que de antemano supone formulada:

—¡Ay! pues ha salido la señorita.

Pero siempre hay en su cara alguna sonrisa, algún gesto que la denuncia y os denuncia.

La visita lee todo vuestro embuste en la cara de la doncella, á la que entrega una cartulina donde leéis, á la misma puerta del pasillo que os ha servido de apostadero para atisbar lo suficiente para que resulte inútil el uso de las tarjetas de visita, un nombre que conocéis de antemano: *Blasa Tufillo é hija*.

Las cuales, tan satisfechas como quedan las que son objeto de estas visitas frustradas, desandan lo andado, murmurando cariñosamente de su excelente amiga:

—¡Jesús, mamá! no sabes qué peso se me ha quitado de encima. Tu amiga doña Blasa es capaz de aburrir al mismo Sansón de puro cargante. No habla más que de las criadas y del reuma; sobre todo del reuma... Siempre que vuelvo de su casa tengo que darme friegas con aguardiente alcanforado.

—Tienes razón; pero ya ves, hemos cumplido y no nos ha costado nada, como no sea subir estas malditas escaleras, que con el asma que yo tengo... Te digo, hija, que pronto vas á tener que ser el báculo de mis pulmones para esto de subir escaleras.—Si tuviéramos tan buena suerte en casa de Mariquita Fuelles...

—¡Horror! ¿A casa de las de Fuelles? La chica me leerá todas las cartas de ese novio que es tuerto y siempre comienza con luz de mis ojos. ¡Ay, Dios! Y luego la madre nos hablará del tiempo y de cómo se casó á despecho del canónigo, tío suyo.

—¿Cómo ha de ser, hija! Para vivir en sociedad hay que sacrificarse. Tú no sabes todavía de la misa la media.

—¿Quién no ha sentido el horror de la hija de doña Blasa Tuffillo, ó no ha necesitado la santa resignación de la madre de la hija de doña Blasa Tuffillo? En los primeros minutos la conversación se desliza sin grandes dificultades. ¡Jesús, hace lo menos seis días que no se han visto! La chica está guapísima. Hasta la berruga de la barba la favorece, y puede pasar por un lunar á primera vista. Es verdad que se casa pronto—¿para qué negarlo? todo el mundo lo dice: ¡qué hermosa pareja!—Luego queda el recurso de las criadas, y por fin el del tiempo. Ya en este punto, reina el silencio, las amigas se miran como avergonzadas de no saber qué decir, y se levanta la sesión con una serie de sonoros besos más ó menos cariñosos, pues las hay que al besarse se morderían buenamente.

Pero si la mujer en visita tiene que sacrificarse, según confesión propia, el hombre es un verdadero mártir digno de un centenar de coronas, porque la frivolidad de las conversaciones á la medida es para él más trabajosa y hasta bochornosa en ocasiones, sobre todo si su cara mitad, á la que de buena gana rompería la cara, le cita como autoridad en alguna difícil materia de esas que á cada paso suscita la misma dificultad de mantener las conversaciones mientras no se quita ojo al reloj de la consola para que duren justamente el tiempo de ordenanza.—El otro día, porque así se le antojó á la mujer que me cupo en suerte—y no crean ustedes que me tocó en alguna rifa, sino que realmente me tocó en el corazón cuando yo las conocía un poco menos que ahora,—tuve yo que dar testimonio de que el príncipe de Bulgaria se rebelaría al fin y al cabo contra las imposiciones del czar de todas las Rusias. ¡Cómo iba yo á dejar mal á mi mujer por profecía más ó menos! Ella sostenía, llena de fe, que con el apoyo moral de los ingleses nada le sería tan fácil á Alejandro como desembarcar en la isla de los Balcones y apoderarse del Imperio.—Hay mujeres que valen un imperio.

Yo no sé si me he extraviado en este mar de cosas fútiles que atormentan y son necesarias; pero no importa, porque siempre hay tiempo de volver al buen camino y tropezar con las verdaderas necesidades sociales que nosotros hemos creado con el afán de estar peor, porque todas ellas tienen inconvenientes que hacen á veces renegar de sus ventajas.

Entre ellas—¿lo digo?—entre ellas está el periodismo, esa palanca de la civilización que casi todos manejamos sin fijarnos mayormente en que hay tal civilización ni semejante palanca.

¡Ah! si no hubiera periódicos, ¿cuándo hubiera pensado yo en escribir este artículo?

Les aseguro á Vds. que nunca, y este último argumento deja mi síntesis suficientemente probada.

S. R.

CONDICIONES HIGIÉNICAS DE SANTANDER EN RELACIÓN CON LAS ENFERMEDADES PESTILENCIALES, POR EL DOCTOR EN MEDICINA Y CIRUGÍA JUAN JOSÉ ZORRILLA.

I.

Xenofonte, en diálogo que supone habido entre Sócrates y Cristóbulos, pone en boca de

aquel la sabia máxima de que: «La economía doméstica debiera ser objeto de una ciencia.» Este pensamiento de Xenofonte habría sido completo, irreformable, si en vez de limitar su ciencia doméstica á la sola administración de los bienes de fortuna, la hubiese extendido algo más, comprendiendo en ella el saneamiento convenientemente entendido de la vivienda del hombre.

Pero las necesidades crecen con los tiempos y se modifican las indicaciones; ignoraba quizás el gran filósofo que el hombre, al resguardarse del hombre y de las fieras, y de los elementos, elementos todos de destrucción y ruina, criaba dentro de su propio abrigo elementos más temibles, más destructores que los que procuraba evitar.

Avidos los pueblos de posesión, sin más ley que la que les dictara su propia fuerza, luchan y luchan sin cesar, y en nada piensan más que en defenderse y atacar; y como saben muy bien que la unión es origen de fuerza y la fuerza impera, se unen y se agrupan para ser fuertes, creando pueblos hacinados, con callejones en vez de calles, y haciendas que ganen en altura los edificios lo que no pueden tener en superficie.

Ignoraban aquellos pueblos generosos la índole de los males pestilenciales que de tiempo en tiempo les asaltaban. Propensos á creer en lo sobrenatural y maravilloso, atribuíanlos á la cólera divina irritada por los vicios y miserias de la pobre humanidad, y en su ignorancia y ciego fanatismo, sin saber que la peste que los mata es engendro quizás, ó, cuando menos, cosecha recogida en terreno tan bien dispuesto para el mal, permanecen indiferentes y pasivos, esperando de Dios sólo el remedio de sus males.

Para nada cuentan con el aire infecto de las poblaciones; nada es para ellos, ó poco significa, el mefitismo que se desprende de sus albañales, la corrupción que emana de sus pudrideros, los gérmenes que pululan en las sustancias orgánicas en descomposición, restos, repugnantes quizá, de opíparo festín, ó escrota lanzada de un organismo enfermo que incuba los gérmenes de terribles males, gérmenes que, sembrados en terreno apropiado, van á dar lugar á magnífica cosecha de males pestilenciales.

Muchos—¡qué digo muchos!—la inmensa mayoría de nuestros pueblos, legado triste de los antepasados nuestros, si bien es cierto que encierran dentro de su estrecho recinto joyas artísticas de valor inmenso, reflejo vivo de la fe de los que fueron, y páginas elocuentes de la historia del hombre, no lo es menos, por desgracia, que en ellos existían y aún existen condiciones las más apropiadas para la germinación y difusión de las enfermedades pestilentes.

Nuestro pueblo, que por desgracia suya carece de joyas artísticas, es, por su desgracia también, abundoso en condiciones insanas, ligadas unas, y creadas otras por el sordido interés, la ignorancia quizás, ó por ambas causas á la vez.

Abundan en él edificios inaccesibles por su altitud; calles sin sol y sin salida, inmundas y pestilentes, focos de descomposición orgánica; terreno apropiado para la reproducción de gérmenes morbosos; habitaciones estrechas y lóbregas en las que se agrupan doble ó triple número de individuos de los que debieran contener; cabreiros, bodegas y guardillas impropias para vivir, y en las que se envenena el hombre con sus propias emanaciones y las emanaciones de las letrinas y de los artículos de consumo; escusados sin válvula, verdaderos tubos de conducción de las emanaciones pútridas de las alcantarillas; alcantarillas que sólo el nombre tienen de tales, pues más bien que vías de conducción de la escrota del hombre, debieran considerarse como pozos de sedimentación en los que pudren toda clase de residuos orgánicos, y un desconocimiento completo de los preceptos, tanto de la higiene pública, como de la privada, y de los medios apropiados á la armónica evolución de la vida, hacen que Santander, admirablemente situado, con una orientación y clima admirables, constantemente bañado por el sol del medio día, y resguardado del N. y NO. por la colina que domina á la ciudad y en cuya falda apoya su dormida frente, sea uno de los pueblos que mayor mortalidad registran, y en el que con más encarnizamiento suelen cebarse las epidemias.

Al construir el hombre la habitación que le cobija y protege contra las inclemencias del tiempo y el ataque de sus enemigos, creó, sin saberlo, causas múltiples de enfermedad. Mientras no pudo prever las conse-

cuencias de su conducta, no fué acreedor á censuras; pero hoy sabe lo que le mata: sabe que su proceder equivale á un homicidio; y sin embargo, poseído del fanatismo del lucro, incurre siempre en el mismo pecado: se convierte á sabiendas en suicida y asesino. Ahora bien: si existen leyes que cohiben al suicida y castigan al asesino, ¿por qué no ha de haber una legislación que prohíba al hombre matar indirectamente proporcionando viviendas insanas en las que se consumen organismos poderosos y engendran males que cereñan la vida á miles de seres que en mejores condiciones de evolución orgánica hubieran podido ser elementos de vida y fuente inagotable de riqueza?

Antes de pasar más adelante, y para mejor comprender las múltiples causas determinantes de los males que aquejan á nuestro pueblo, creo deber hacer un ligerísimo estudio de microbiología ciencia hoy en mantillas, y cuyos extensos horizontes están llamados á dominar las dos ramas más importantes de las ciencias médicas: la higiene y la patología.

II.

Generalidades, funciones y definición de los micro-organismos: su fuerza vital.

En el medio ambiente y en los últimos límites del alcance visual reforzado con los recursos de la óptica, encuentra el observador organismos en cantidad inconmensurable que, por su prodigiosa actividad y poder multiplicador, desempeñan papel inmenso en el juego de la naturaleza y en la existencia del hombre. Realizan unos la destrucción de las sustancias orgánicas inanimadas; determinan las fermentaciones, y son auxiliares indispensables de la digestión de los alimentos. Invaden otros los animales más ínfimos de la escala zoológica, así como los animales superiores y el hombre mismo; viven á sus expensas, apoderándose de los elementos nutritivos y oxígeno del glóbulo sanguíneo, determinando de este modo degeneraciones unas veces, lesiones varias otras, y con frecuencia la muerte.

En todas partes se los encuentra: en el polvo de la atmósfera que respiramos, en el suelo, en el agua, y, sobre todo, en las sustancias orgánicas y en los líquidos expuestos á la acción del aire. En todas partes nos persiguen, y pueden con frecuencia ser para el hombre causa de males sin cuento.

Su estructura la constituye una simple célula compuesta de membrana contentora y contenido protoplasmático. Les falta siempre el núcleo, y á veces la membrana también. El protoplasma existe siempre.

Este protoplasma es incoloro; carece de clorofila, carácter que distingue á estos seres de las algas, con las que podrían confundirse. Su membrana es de naturaleza proteica (micro-poteína de Nenke).

Esta sencillez de estructura es la causa principal de las dificultades que existen para clasificar debidamente estos seres, pudiendo, sin embargo, afirmar con Cohn que la inmensa mayoría pertenece al reino vegetal; son plantas que afectan la costezura más elemental, el modo de propagación más sencillo, y que poseen un poder reproductor verdaderamente prodigioso.

Su existencia reconoce siempre la existencia previa de un antecesor, habiendo sido inútiles todos los esfuerzos hechos para determinar su generación espontánea en líquidos apropiados de cultivo. Siguen en esto las leyes generales del universo: toda manifestación vital, todo ser que vive, procede de otro ser análogo que le precedió en su evolución.

Son seres vivos, como lo prueban sus movimientos; movimientos espontáneos que nada tienen de común con los movimientos amiboides de los glóbulos blancos de la sangre.

A cuatro pueden reducirse las especies morfológicas cuyo estudio nos interesa. El micrococo, el bacterio, el bacilo y el espirilo.

Micrococos.

Están estos seres constituidos por una primera especie que comprende células simples, redondas, globulosas ó elipsóideas, separadas unas de otras, y cuyas dimensiones no exceden de 5 diezmilésimas de milímetro.

Bacterios

Consisten en células prolongadas, cilíndricas, reunidas en pequeños grupos y formando bastoncillos cortos y bastante voluminosos.

Bacilos.

Están constituidos por una variedad morfológica de los bacterios, así difieren notablemente de ellos desde el punto de vista funcional. Son, como aquéllos, células prolongadas, unidas entre sí y formando bastoncillos más largos y más delgados que los bacterios.

Espirilos.—Comprende esta especie corpúsculos, ya en forma de filamentos delgados y sencillos (leptotrix), ya en la de espiral (espirilos).

Estas especies son constantes; y puede afirmarse que si alguna transformación llegan á sufrir, esta transformación es puramente formal, quedando la especie siempre la misma y con las mismas propiedades fisiológicas ó funcionales. Pueden fragmentarse bajo la influencia de ciertas condiciones vitales, observándose en este caso en estado normal la parte superior del bacilo, mientras que la mitad inferior se descompone en porciones sumamente pequeñas provistas de una membrana resistente. Este proceso evolutivo se verifica sobre todo cuando el bacilo se encuentra en contacto con una sustancia irritante, volviendo á tomar de nuevo su forma específica en el líquido nutritivo normal.

Todos los parásitos, y sobre todo los bacterios y bacilos, se reproducen por dos procedimientos: 1.º, por división; 2.º, por esporos.

La división se verifica de modo tal, que la célula se estrecha en el punto de separación al propio tiempo que aumenta su volumen, graduándose estos dos términos de una manera progresiva, hasta que se verifica la excisión por estrangulación, adquiriendo las partes nuevas el volumen de la célula primitiva.

Tan prodigioso es el número de células que de este modo se producen, que en pocas horas veréis enturbiarse el líquido nutritivo por las colonias de parásitos hijas de la siembra de unos pocos individuos. El poder reproductor de estos organismos aumenta ó disminuye en ciertas condiciones, que son las mismas que presiden á sus actos nutritivos. Son infinitamente menos fecundos bajo la influencia de la luz, de la acción del oxígeno puro y libre, de las temperaturas muy elevadas, ó bien en ciertos líquidos químicos, tales como los desinfectantes. Tan pronto como estos estados cesan, empieza de nuevo la multiplicación.

La reproducción por esporos es más potente aún. Son los esporos corpúsculos que nacen dentro de la célula madre, y que se observan, sobre todo, en la regeneración de los bacterios y bacilos. Estos esporos son redondos ó ligeramente ovales, más pequeños que las células, más resistentes á los agentes destructores, y más refractarios á las temperaturas y á la cocción, que para destruirlos ha de prolongarse durante mucho tiempo. En condiciones apropiadas de lugar y tiempo, se transforman fácilmente en células jóvenes que, abandonando la envoltura celular, acaban por tomar la forma de células bacilares.

Condiciones de existencia de los microfitos (1).

Las condiciones de existencia de los microfitos reclaman un análisis tanto más detenido, cuanto que su conocimiento abre al médico nuevas ideas sobre las indicaciones terapéuticas, y horizontes nuevos en todo aquello que está bajo el dominio de la higiene y de la profilaxis de un sinnúmero de enfermedades. Es un capítulo inédito de la medicina preventiva. Trátase, en efecto, de saber cuáles son los alimentos nutritivos orgánicos ó mineralizados de los microbios; cuáles los gases, y cuáles los estados físicos de temperatura y de luz que favorecen y dificultan la vida de semejantes parásitos.

Desprovistos de la clorofila que sirve directamente para la constitución de la célula, los microfitos toman de las sustancias orgánicas, ya proteicas, ya carburadas, sus materiales de formación y nutrición. Los productos carburados, ya sean ácidos, ya alcalinos, se utilizan en totalidad siempre que sean solubles en el agua.

El ázoe lo toman principalmente de las sustancias albuminóideas, siempre que hayan pasado al estado de peptonas bajo la influencia de un estado especial. Las sales amoniacales pueden, en unión con él azúcar, bastar para el sostenimiento de la vida de los fermentos. Los mejores líquidos de cul-

(1) Hemos convenido en que la naturaleza de estos seres era más bien vegetal que animal, y por esta razón les daremos en adelante el nombre de microfitos.

tura han de contener sales de potasa ó magnesia y bencina.

Se ha discutido mucho la idea de si los microfitos proliferan mejor en ó fuera del aire atmosférico, habiéndose resuelto la cuestión después de numerosos experimentos (que aún no han llegado á definitivos) afirmando que los micro-organismos que ocupan viven y evolucionan mejor en atmósferas privadas de aire que en el aire mismo, razón por la que se les ha dado el nombre de *anaerobios*, en contraposición á los seres que necesitan de aire atmosférico y que se designan con el de *aerobios*.

Si la influencia del aire es tan manifiesta sobre los microfitos, no lo es menos la de la temperatura. Al elevarse esta, obra sobre los microfitos de la misma manera que obra sobre las plantas, favoreciendo su evolución cuando sube la temperatura, y retardando el acto vital cuando desciende.

El aumento y multiplicación de los microfitos se activa hasta que la temperatura llega á ciertos límites, y se detiene, por el contrario, cuando va más allá del asignado á cada especie. Este grado de temperatura, distinto para cada microfito, puede aumentar ó disminuir según la calidad del líquido nutritivo, y según la presencia ó ausencia de oxígeno libre. Cuando la temperatura se eleva por encima del máximo, el proceso vital se atenúa y acaba por extinguirse; se produce la rigidez cadavérica por hipotermia; pero aún llegando á este estado, puede reaparecer la vida bajo la influencia de nuevas y apropiadas condiciones de nutrición.

Como existe una temperatura máxima más allá de la en que no pueden vivir los microfitos, así existe un límite inferior incompatible también con la vida de éstos seres. El enfriamiento producido por las bajas temperaturas puede ir más allá, sin embargo, sin que comprometa seriamente la existencia de ciertos microfitos, habiéndolos visto Frisch durar y vivir hasta á -110° c. Sin embargo, puede afirmarse de una manera general que éstos seres mueren ó cesan de multiplicarse entre $\pm 5^{\circ}$ y -18° c.

Algunas temperaturas compatibles con la vida de los microfitos, pueden, por sus variaciones, influir en sus propiedades vitales. Cultivado á 25° el bacterio del carbunco, conserva toda su acción virulenta, la cual disminuye sensiblemente á 36° (Büchner).

La acción de las temperaturas es más manifiesta aún sobre los esporos. Su formación se ve notablemente influida por la temperatura del líquido nutritivo; el bacterio del carbunco cultivado á 35° forma sus esporos en 20 horas; á 18° le son precisos tres días, y á 15° cesa la formación (Koch). El poder reproductor de los esporos exige de 35 á 37° cesando de engendrar bacterios cuando la temperatura baja de estos grados.

Una de las cosas que el médico, y sobre todo, el médico higienista, no debe olvidar, es la enorme resistencia de los esporos á las temperaturas más extremas. Mientras que los bacterios y bacilos no pueden, en general, vegetar sino entre los 30° y 90° ; sus esporos resisten 110° , y no es raro verlos salir indemnes á pesar de una cocción prolongada durante varias horas (Büchner).

Expuestos á un frío intenso, son más refractarios aún que á las altas temperaturas. Miquel los ha visto resistir á una refrigeración de 60° bajo cero, y Pictit á 110 . Esta resistencia extrema de los esporos es la que tanto dificulta la purificación del aire y su privación de gérmenes morbosos.

Los microfitos ejercen funciones muy variadas; determinan unos los diversos actos de la digestión, las fermentaciones, las putrefacciones; son los microfitos vulgares (*Infusorios* de Eherenberg) reconocidos como plantas hace ya medio siglo por Cugnard, Latour y Tenard, y como agentes de la fermentación por Schwam, Schultze, Pasteur y otros.

Los microfitos que más nos interesan para el objeto que nos proponemos son los microfitos patógenos, es decir, los que se consideran hoy como causa determinante de la mayor parte de las enfermedades infecciosas.

Biología de microfitos patógenos ó específicos. En el estado normal encontramos en el organismo del hombre y de los animales, diversos parásitos que abundan, sobre todo, en la boca y aparato digestivo. La sangre y la orina solo los contienen en ciertos estados morbosos, y, principalmente, en las enfermedades infecciosas.

(Se continuará.)